

Autor: *Un Estudiante.*

Título: *Costumbres Estudiantinas. El Día de San Lucas o de la Matrícula*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *Pintoresco Español, 1842.*

Si la recopilacion de algunos hechos periódicos merece el nombre de Fastos, ninguna mas que la de los hechos estudiantiles, sus bromas y festividades, sus prácticas y usanzas. En efecto, casi todas ellas van exactamente arregladas al Calendario, y á la manera que los fastos romanos significaban en su origen los dias en que podian verificar los juicios solemnes, en los fastos escolares cada santo de alguna nombradía ofrecia alguna práctica especial. Asi, por ejemplo, la Concepcion y S. Fernando recetaban comunión, bajo el antiguo régimen, como si dijéramos, durante los siglos medios; la Virgen de la O y la de los Dolores anunciaban vacaciones; S. Blas y S. Anton ya pueden ustedes ver, *ubi supra* ⁽¹⁾, como dicen los curiales, y asi de otros muchos santos á este mismo tenor. Pero entre todos ellos ninguno era tan célebre como San Lucas, el cual desde tiempo inmemorial estaba en posesion de ser el portero del curso, como San Pedro lo es del cielo, segun dicen los cuentos antiguos, por lo cual un estudiante tuvo la humorada de pintar á S. Lucas con las llaves de la Universidad en la mano. Asi, pues, el nombre de San Lucas era como sinónimo de principio de curso, y como tal lo designaban hasta las canciones populares, una de las cuales dice:

⁽¹⁾ En los números 3 del tomo 6.º, y 2 del 7.º del Seminario.

A un estudiante adoro,
¡ay de mí triste!
En llegando S. Lucas,
tú que lo viste.

Porque en efecto, S. Lucas solía poner término á los amores de vacaciones, que como veraniegos se agostaban facilmente.

Pero como en el dia una de las calamidades que aquejan á los que tienen algun destino es la cesantía, ni aun los Santos se ven libres de ella, es decir, en lo que alcanza á dejarlos cesantes la mano del gobierno: asi es que S. Lucas ha quedado cesante del sosodicho empleo, por efecto del progreso del curso, que se ha estirado desde primeros de octubre hasta fines de junio, y ainda mais para algunos cursos.

Antes de que S. Lucas quedase agregado á las clases pasivas, su dia era celebrado con raudales de elocuencia: los moderantes de oratoria (esto de moderantes era muy alegórico) recitaban ante los claustros sus retumbantes inaugurales, y los dómynes de gramática, que tambien abrian aulas en los pueblos, aturdian con sus *oraciones retóricas* á los respetables concejales, que asi los entendian como por los cerros de Ubeda. Algo de esto se conserva aun en algunos establecimientos literarios, y por tanto aconsejamos á los curiosos que no pierdan la ocasión, pues al paso que van las antiguas usanzas, pronto entrará tambien esta jurisdiccion en los anticuarios.

Concluida esta ceremonia quedaba abierta la matrícula, y los estudiantes podian acudir á la secretaria á depositar sus nombres, y *por cuanto vos contribuisteis*, como dice la Bula, quedaban matriculados para aquel curso. Con todo, esta retribucion era antes tan módica, que en algun tiempo solo se pagaban en la Universidad de Alcalá cuatro cuartos al secretario por razon de la firma. Ahora

gracias á Dios se pagan 160 rs., y dentro de poco serán 320, si asi les cumple á los padres de la patria. De modo que en aquellos tiempos de oscurantismo y de tenebregura los hombres eran unos bolos, pero habia para todos, sin necesidad de entorpecer carreras, ni subir matrículas. Ahora, loado sea Dios, llenos como estamos de ilustracion, no nos falta sino sarna que rascar á pesar de la emigracion, que no es floja, y de las guerras, que no son blandas, están todas las carreras llenas de gente, como el camino del infierno. ¿Quiére V. abogados, médicos, empleados, militares ó comerciantes? á buen seguro que encuentre V. en cada pueblo mas de los necesarios, y en cuanto á los primeros Dios nos asista.

Cuando no se pagaba de matrícula mas que un duro en el primer curso, y una peseta en los restantes, es decir, del año 24 al 29 en que principió ya la subida, las costumbres de matrícula eran muy diferentes de lo que son en el dia; por tanto vamos á presentar á nuestros lectores un pequeño bosquejo de la matrícula estudiantil de aquella época, fijando por teatro de ella la Universidad de Alcalá, para que todo ello huela á epitafio y *requien aternam* (como víspera de ánimas), puesto que ya se acabaron aquellos usos, y se concluyó aquella Universidad. Para ello acurrucados en un rincon de su nunca barrida y polvorosa secretaría, veremos desde allí deslizarse los grupos estudiantiles, como las sombras al través de los cristales de la linterna mágica.

Hé aquí que llega un grupo numeroso de personas de ambos sexos, que no parece sino que van á un bateo. Marchan delante dos estantiguas de larga fecha, y en pos de ellos una respetable matrona con su correspondiente escolta de pasiega y chiquillos, entre los cuales, y pegado á su madre, se descubre apenas un muchacho de 12 años con sus correspondientes bayetas y tricornios: aquel muchacho es como si dijéramos el protagonista de la funcion. El abuelito lleva la palabra, y encarándose al secretario le dirige su correspondiente saludo entre repetidas cortesías.

– Beso á V. su mano.

– ¡Qué hay en que servir á V.?

– Vengo....

– Es decir, venimos.

– Cabal: venimos, pues, á tener el honor de presentar á V. á mi nietecito D. Fernando Federico Enriquez y Mimon, marqués de la Cebolla, en futuro imperfecto, que acaba de salir del seminario de Nobles, y viene á matricularse en *primer año de lógica*.

– ¿Y las señoras, vienen tambien á matricularse?

– No Señor, pero he querido que nos acompañasen á un acto tan solemne y satisfactorio para toda la familia.

– ¡Virgen Santa! pues el día en que tome la Borla se nos vá á venir encima todo Madrid, con la música de Alabarderos por añadidura.

Concluida la revision de papeles, el nietecito, acompañado de sus acartonados abuelos y comparsa, pasa á ser examinado de gramática latina.

Viene en seguida otro estudiante, que según el desenfado con que lleva el manteo, caído de los hombros, como mantilla de manola, parece ya veterano. Saca su hoja de servicios, ó como decian entonces el *pasa-hábil*, y pide la matrícula en tercer año de filosofía. El secretario le pide el libro de la asignatura, y no teniéndolo el estudiante se suspende su matrícula hasta tanto que lo presente.

Es de notar que habia entonces una oficina, la cual oficina se llamaba la inspeccion de estudios (q. s. g. h.). Una de las humoradas que tuvo esta buena señora fué el hacer con los libros lo que los antiguos llamaban un *monipodio*, y ahora las gentes dicen un servicio.

Para ello mandó que no se matriculase en lo sucesivo á ningun estudiante sin presentar al mismo tiempo el libro de testo correspondiente á su curso, y no como quiera, sino adornado en su portada con un sello de dicha inspeccion, á guisa de género registrado en la aduana. De ahí vino semejante á una inundacion la multitud de ejemplares del Guevara, que habrán podido ustedes ver durante las ferias durmiendo sobre sendos pedazos de estera vieja, y en buena paz y compañía con las guias atrasadas de forasteros.

Bien es verdad que la inspeccion se las habia con buena gente, y ella á poner la ley, y ellos á poner la trampa, nada tenian que echarse en cara. Véase sino, como el susodicho estudiante pide á un compañero suyo la filosofía moral de Jaquier, que es el libro que tiene que presentar, y vuelve con él á la secretaría como en triunfo. Por desgracia aquel libro, si bien lleva el sello de la inspeccion, lleva tambien en la portada una firma del secretario que indica que ha sido ya presentado á matrícula. El secretario vé su firma y conoce aquel libro que en poco rato ha estado cuatro ó cinco veces en sus manos, autorizando otras tantas matrículas de tercero de filosofía.

Conociendo, pues, que el tal libro debe saber muy bien el camino, lo tira al patio diciéndole al estudiante: «déjalo ahí, verás como vuelve él solo á la secretaría.»

Llega en seguida un estudiante de la tuna, que principió el curso en Santiago y le concluyó en Valencia: no trae la certificacion, porque asegura bajo su palabra que se la robaron en el camino, y se queda sin matrícula hasta que los ladrones se la vuelvan. Un

estudiante con bigotes pide que le pasen dos años de servicio militar por dos de leyes: el secretario le envía á que los pase por medicina, que tiene mas conexión. Otro pide la certificación de lójica para pasar á veterinaria; un forastero, es decir, estudiante de otra Universidad, viene á incorporarse á esta, y tiene que esperar á que vengan las acordadas, y finalmente uno que salió reprobado á fines de curso, pide segundos exámenes.

Desembarazada algun tanto la secretaria de esta turba, llega un chicuelo de ojos azules y nariz roma, con su manteo arrastrado, y su tricornio de forma antigua.

Manifiesta al secretario desde un principio que es sobrino de Fr. Berengario de la Transverberacion. El secretario se entera por su certificación de haberse examinado de gramática latina, y antes de pasar á matricularlo le exige el juramento de obediencia.

– ¿Juras obedecer al Sr. Rector de esta Universidad, *in licitis et honestis*?

– Si juro.

– Pues dame un duro.

– Eso si que no, que ya me ha dicho mi tío que no me deje engañar.

– ¿Y no te ha dicho tu tío que tenias que pagar 20 rs. por la primera matrícula?

– A otro perro con ese hueso: ¿quiere usted una peseta y matricularme?

– No hijo, te he pedido lo último: aqui son precios fijos.

Entonces el futuro lójico vá á consultar con su tío la dificultad, ó si podrá sacarse la matrícula en diez y nueve reales.

Llega otro estudiante á pedir la matrícula para sí y para su primo: la del primo se le niega, porque se exige que la matrícula sea personal. El estudiante no se aburre por eso, porque todo se reduce á que otro amigo tome el nombre y voz de su primo, y se presente como tal.

En esto dan las 12 en el mal parado reló de la Universidad, y el secretario suelta la pluma y cierra la puerta, y la matrícula hasta el día siguiente, á la manera que los albañiles, si dan las 12 cuando están subiendo un cubo de agua, lo sueltan sin concluirlo de subir. Por fortuna han desaparecido ya muchos de estos usos, ó han sido reemplazados por otros nuevos: especialmente en Madrid la matrícula es en el día lo mas sencillito del mundo. Un estudiante que quiere matricularse, tiene que ir á la secretaría de la Universidad, donde le darán una papeleta para que suba á la contaduría, y allí le darán otra para que con ella atravesese todo Madrid de punta á punta (si es que no vá por las afueras), y se presente en la contaduría de la Direccion de estudios, en donde le darán otra para que baje á la depositaría, y allí, despues de aflojar la mosca, le pondrán el recibí, y sin tomar aliento podrá principiar otra vez á desandar el camino, cuidando de volver á la secretaria con algun conocido ó desconocido que haga el papel de *babieca*, como decian los antiguos, ó fiador, como decimos ahora, requisito sin el cual en este valle de lágrimas, que llaman España, no puede uno ni aun matricularse. Por esta razon algunos estudiantes (blasfemos por supuesto) comparan la matrícula á la pasion de nuestro Sr. Jesu-Cristo, el cual fué llevado de Anas á Caifás, de Caifás á Pilatos, de este á Herodes, y de Herodes vuelta á Pilatos que lo mandó crucificar.